

Cap. I.05

I Elecciones autonómicas. 1983

Del Consell Interinsular, al primer Govern

Una vez constituido el nuevo CGI, tras las elecciones preautonómicas de 1979, su principal objetivo fue redactar el proyecto de Estatuto de Autonomía con garantías de que fuera aprobado por las Cortes. A tal efecto el presidente Albertí creó la que se llamó Comisión de los Once, así dicha por el número de sus miembros, que respondían a la proporcionalidad de los partidos políticos presentes en la institución. Su misión consistía en la redacción del borrador que posteriormente el pleno del CGI debía debatir y votar para presentar, una vez aprobado, al gobierno central.

Su puesta en marcha no fue sencilla. Aunque las elecciones se habían celebrado el 3 de abril no fue hasta tres meses más tarde cuando se llegó finalmente al acuerdo de formar la Comisión. Formaron parte de ella Rafel Gil Mendoza, Luis Piña, Juan José Ribas y Francisco Tutzó por la UCD; Gregori Mir y Félix Pons por el PSOE; Damià-Ferrà Ponç por el PSM-Mallorca; Andreu Murillo por el PSM-Menorca; Ignacio Ribas, por el Partido Comunista; José Cañellas por Alianza Popular; y finalmente Vicent Ferrer por los Independientes de Ibiza-Formentera. No había tiempo que perder. Pues debía culminar el mandato esa misma legislatura nacional. Así que manos a la obra. Cada semana, una reunión. El seguimiento de los medios de comunicación sobre los trabajos de la Comisión fue al detalle durante todo el año 1980. Desde el principio y a lo largo de aquel año todo pareció que iba muy bien. El País publicaba unas declaraciones de

Jerónimo Albertí el 14 de marzo de 1980 tras una reunión con Suárez en Madrid: “Vuelvo muy satisfecho y confiado puedo augurar que vamos a obtener para Baleares las instituciones que todos queremos: Parlamento, órgano de gobierno y tribunal de justicia, así como unas competencias y un techo autonómico que serán aceptables para todas las fuerzas políticas”. Sin embargo, una segunda reunión, en plenas vacaciones de Suárez en Formentor en agosto, fue un fracaso.

¿Qué había pasado entremedias? Pues que así como avanzaba 1980 la situación de Suárez se tornaba crítica. En el Congreso se hallaba expuesto el ataque cruzado de la derecha de Fraga, de la extrema derecha de Blas Piñar, la izquierda de Felipe González y la extrema izquierda de Carrillo, multiplicado por las divergencias internas-y deserciones-en su propio partido, capitaneadas por los díscolos Miguel Herrero y Fernández Ordoñez. A todo esto debía sumársele las relaciones cada vez peores con el Rey, la presión de la Iglesia contra la anunciada ley del divorcio y las insaciables reivindicaciones de nacionalistas vascos y catalanes, además de los asesinatos de ETA.

Toda esta situación debilitaba las opciones de aprobar pronto el Estatuto balear. Y peor se puso la cosa nada más iniciado el año 1981. La noche del 29 de enero Suárez dimitió tanto de presidente del Gobierno como de presidente de la UCD. El partido convocó un congreso extraordinario, celebrado el 6 de febrero en Palma, del que salió Rodríguez Sahagún como máximo cargo orgánico, y Leopoldo Calvo-Sotelo como aspirante a la presidencia del Gobierno. No fue investido en la primera vuelta y tres días más tarde, el 23 de febrero, la segunda fue interrumpida por el frustrado de golpe de Estado. En pleno caos político, dos días más tarde Calvo Sotelo era por fin elegido presidente del Gobierno por mayoría absoluta.

Tras el golpe de Estado las principales fuerzas, a instancias del rey, acordaron un frenazo autonómico que cambió radicalmente las expectativas para el futuro Estatuto balear. En efecto, hasta entonces tanto la UCD como el PSOE así como

los dos PSM –de Mallorca y Menorca- habían defendido acceder a la autonomía por el artículo 151 de la Constitución. Que era la vía por la cual las llamadas comunidades históricas –Galicia, País Vasco y Cataluña- consiguieron sus respectivos estatutos con más alto techo competencial que lo previsto para el resto. Y éste, o sea todas las demás, llamadas de régimen común, debían acceder cada autonomía por el artículo 143 de la Constitución, una vía más lenta y que otorgaba menos competencias. Ciertamente fue que posteriormente hubo otras autonomías que se hicieron históricas a fuerza de decisión de sus dirigentes. Aumentando por tanto su techo competencial. Pero esto es otra historia que no viene al caso. Para el caso balear lo cierto y seguro es que centristas, socialistas y nacionalistas deseaban que la Comisión de los Once obtuviera para las Islas tanta autonomía histórica como la que más.

El problema fue que el golpe de Estado se había justificado sobre la “centrifugación del Estado”, la “ruptura nacional”, “el menoscabo de la unidad” y demás opiniones por el estilo. Desde prácticamente después de la aprobación constitucional ya se leían tales ideas en la prensa más derechista. De hecho lo que se llamó gráficamente el “ruido de sables” en buena parte se erigió sobre tales posiciones ideológicas.

El golpe fracasó, como es conocido, sin embargo no fracasaron esas opiniones. El rey reunió a los líderes de los partidos nacionales –UCD, PSOE, AP y PCE- el 25 de febrero, cuatro días después de la intentona. Les mostró su preocupación ante los motivos que habían llevado a algunos a intentar el golpe y a otros a darle apoyo, e instó los partidos a actuar con responsabilidad. Todos entendieron qué debían responsablemente hacer. Rebajar las ínfulas autonómicas. Y tal pacto fue letal para las aspiraciones baleares de acceder a la autonomía por el artículo 151. Días después las delegaciones locales de UCD y PSOE recibieron la orden de replegar velas y cambiar las altas aspiraciones iniciales por las más modestas que canalizaba el artículo 143.

Años después, quien fue secretario general del PSOE balear entre 1990 y 1995, y que entonces era el representante de su partido en el CGI, Joan March, confesaba a Memòria Viva que después del golpe “la ejecutiva federal nos dijo que tal y como estaban las cosas convenía ir por el 143 (...) Nos dijeron que la principal preocupación de los militares en aquellos momentos era el tema autonómico y que, por tanto, había que ir con mucha prudencia”, de tal forma que “vimos que si insistíamos en la vía del 151 no se aprobaría, y por tanto aceptamos el cambio” a través de un congreso extraordinario de la FSB-PSOE. Por su parte Jerónimo Albertí reveló a la misma publicación una explicación coincidente: “O aceptábamos (el 143) o no había Estatuto”. Pero en su caso no hubo siquiera disimulo congreso mediante. “Una mañana, mientras me afeitaba, oí por Radio Nacional que íbamos por el 143”. Y punto.

*Este acontecimiento imprevisto actuó como el detonante para el cambio en la vía de acceso, aunque también debe reconocerse que, como recuerdan Roberto Mosquera y Antoni Nadal en su libro *Els orígens de l'autonomia balear*¹ ya con anterioridad en UCD se habían manifestado opiniones favorables a rebajar las expectativas autonómicas isleñas. De hecho, el 16 de enero de 1980 el Comité Ejecutivo Nacional del partido había propuesto adoptar para todos los procesos autonómicos pendientes el procedimiento previsto en el artículo 143 de la Constitución, lo cual en el partido en Baleares dio por buenos sin rechistar. Ciertamente fue sin embargo que no formalizó. Si bien Albertí ya había advertido, mediante declaraciones al Diario de Mallorca el 20 de enero de 1980, que “aceptaremos un cambio de vía pero no de objetivo”. Lo cual era una mera impostura pues no se podía cambiar la una sin mudar el otro. No obstante la rebaja centrista no llegó plantearse formalmente en el seno de la Comisión ni del CGI.*

En cualquier caso, lo cierto es que el golpe supuso el frenazo radical a lo que se estaba redactando en Palma. Y a la vez dejó en evidencia el débil papel político

¹ MOSQUERA, Roberto; NADAL, Antoni (1994): *El procés autonòmic balear, 1976-1987*. Editorial Documenta Balear, Palma.

de Albertí. Sobre todo si se comparaba con otros dirigentes regionales, tanto de la UCD como del PSOE, como fueron los casos de los líderes de esos partidos en Andalucía, Valencia y Canarias, que gracias a su decisión personal y política terminaron por obtener estatutos con un techo competencial mucho más ambicioso que el balear.

Tras el cambio de vía, el 24 de agosto de 1981 el CGI aprobaba iniciar formalmente el proceso institucional para redactar el Estatuto de Autonomía, a partir de lo hecho por la Comisión. El día 7 de diciembre el pleno del CGI aprobaba el proyecto con los votos a favor de UCD y PSOE, en contra del PSM y la abstención del PCE, mientras que los representantes de la derecha se ausentaron en señal de protesta por no haberse visto satisfechas sus reivindicaciones. A finales de diciembre el texto era depositado en el Congreso de los diputados para iniciar su trámite final.

AP se ausentó de la votación que culminaba el proceso en Baleares porque tanto el partido en general como especialmente Abel Matutes en particular nunca estuvieron satisfechos con la redacción, entre otras cosas por la distribución por islas de los escaños al futuro Parlamento, ya que, a su entender, se perjudicaba a Ibiza. Con esa queja de fondo, aprovecharon la excusa que no se había cumplido el requisito de que el Estatuto fuera ratificado por, al menos, dos tercios de los ayuntamientos y que éstos tenían que englobar como mínimo a la mayoría del censo de población en cada isla, para presentar alegaciones con la intención de boicotear el proceso. Se sustentaba la pretensión por dos motivos: uno, porque la ratificación de Sant Antoni había sido declarada nula debido a que el alcalde impidió el voto a un conceja², y segundo, porque Formentera tampoco cumplía el requisito. Albertí, visiblemente airado, contestaba públicamente con el requiebro de que “Formentera no es una isla, administrativamente hablando, sino que pertenece a Ibiza. (...) Un municipio de no más de 3.000 habitantes, manejado por determinados intereses, que son identificables con la figura de

² El motivo era que había sido expulsado de su partido, el PSOE.

Abel Matutes, no puede bloquear un proyecto que representa la voluntad mayoritaria de toda una provincia (...) debemos decir no a esta constante provocación, que ya está llegando demasiado lejos", tal y como recogía El País el 6 de febrero de 1982.

A pesar de las protestas conservadoras, lo cierto es que desde el 17 de febrero de 1982 se aceptó a trámite en las Cortes el proyecto de Estatuto, aunque con el voto en contra de CD-AP. El 10 de marzo era publicado por el Boletín Oficial de las Cortes Generales. No obstante no obtuvo el dictamen favorable de la Comisión Constitucional, por las alegaciones citadas de AP, hasta el 18 de junio. Llegaba el verano, y a pesar de que algunos diputados nacionales pidieron un pleno extraordinario para aprobar varios estatutos a la vez –Baleares, Castilla-León y Extremadura- la Mesa decidió que las vacaciones eran sagradas y que no habría más plenos hasta septiembre.

El 28 de agosto, sin embargo, el presidente del gobierno, Calvo Sotelo, sobrepasado por los problemas internos y externos, anunciaba la convocatoria de elecciones generales anticipadas para el 28 de octubre de 1982, por lo que, con las Cortes disueltas, la aprobación del Estatuto balear quedaba aplazada hasta la siguiente legislatura.

Los resultados de las urnas cambiaron radicalmente las fuerzas políticas isleñas más importantes y por tanto afectaron de lleno al proceso del Estatuto.

En aquellos comicios hubo una participación extremadamente alta, del 80%, la mayor de todas hasta la fecha y se produjo un gran vuelco electoral, obteniendo el PSOE obtenía mayoría absoluta, dejando a la UCD embocada hacia la desaparición. En Baleares los movimientos de voto fueron incluso más espectaculares, con una bajada brutal del partido centrista-pasaba del 49% al 11%- y la consiguiente subida del PSOE del 30% al 41%. El transvase de votos también benefició a AP-mucho más que en la media nacional- que siguiendo el patrón eminentemente conservador de las Islas pasaba del 9% al 38%, 29 puntos

más³. En línea con lo esperado, la coalición electoral PSM-Nacionalistas de las Illes, no sólo no subió sino que perdió un punto, del 3% al 2%, al igual que el PCE, que literalmente volvió a estrellarse obteniendo menos del 2%.

El gran cambio a efectos del Estatuto balear que alumbraron aquellas elecciones fue el gran incremento de voto de AP, un partido que hasta la fecha no había podido superar cifras casi simbólicas de apoyos y que tras las urnas sustituía a UCD como interlocutor del PSOE para finalizar el proceso autonómico isleño. En diciembre de 1982 se iniciaron los contactos entre los dos partidos. Pero nuevamente el partido conservador presentó una batería de enmiendas parciales sobre temas electorales que obligó a parecer que se renegociaba casi todo, aunque en el fondo poco se retocó. Al final los socialistas aceptaron que fuera una ley electoral del nuevo Parlamento autonómico la que decidiera –como quería AP- las circunscripciones electorales y la distribución de escaños⁴, aplacando así la estratégica ira conservadora: “reducimos la beligerancia en contra del Estatuto entre la abstención y el voto afirmativo”⁵, dijo Matutes fijando su posición ante la futura votación. A final, AP consideró que el hecho de que los consells insulares no estaban debidamente definidos y que la lengua catalana fuera declarada como propia de Baleares le impedía el voto favorable. Así que el Grupo Popular se abstuvo en la votación final en la que el Congreso aprobó el Estatuto de Autonomía. Era el 26 de enero de 1983.

En Palma los diarios abrieron al día siguientes sus portadas con el acontecimiento, que consideraban histórico. Los partidos valoraban de forma

³ Es importante recordar aquí que la Coalición Democrática estaba integrada no sólo por AP y el PDP, si no por el apoyo no formal de la Unión Liberal, cuya presencia en Baleares era muy superior al resto de España y que incluso permitió en Ibiza ser la fuerza más votada con el 50% de los votos, cuando el PSOE lo era en el resto de las Islas.

⁴ Concretamente, se dejaba para una futura ley del Parlamento balear la regulación de los aspectos electorales básicos (determinación del número total de diputados, fijación de los distritos electorales y número de diputados de cada uno de ellos), aunque ante la cercanía de las primeras elecciones autonómicas, el propio Estatuto estableció como normas provisionales un número total de diputados de 54, correspondiente a la suma de 30 por Mallorca, 12 por Menorca, 11 por Ibiza, y uno por Formentera, así como una barrera mínima del 3%. La prima venía dada pues a las islas menores, que con una proporción del 17% de la población, tenía casi un 43% de escaños, mientras que Mallorca, con una población del 82%, tenía un 56% de escaños. Caso aparte era Formentera, que con un 0,6% de la población total, tenía algo más del 1% de los escaños.

⁵ Según Mosquera-Nadal.

harto diferente el acuerdo. El forzado laconismo de Cañellas, representando la postura de AP, se limitaba a decir al Diario de Mallorca “habrá que desarrollar lo conseguido”. Josep Moll, del PSOE, coincidía en que “ahora lo que hacer es echar a andar”. Para Jerónimo Albertí, de la recién creada Unió Mallorquina, “es un buen instrumento que servirá para avanzar”. La cierta contrariedad la aportaba Sebastià Serra, del PSM, ya que a su entender el Estatuto “llega tarde y muy flojo de competencias”.

El 17 de febrero lo aprobaba el Senado y el 22 del mismo mes el Congreso lo ratificaba. Por fin, el 1 de marzo de 1983 el BOE publicaba el texto que el mismo día entraba en vigor. Era el último de los estatutos de autonomía en aprobarse. Alguno tenía que serlo, claro está, pero que el alumbramiento del isleño fuera tan postrimero resultaba, tras tanto tiempo de debates, propuestas, reflexiones, opiniones, discusiones, anteproyectos, comisiones, reuniones, pactos, iniciativas y manifestaciones, cuando menos chocante. La repercusión social que tuvo la puesta en vigor del autogobierno fue nula. Las palabras ulteriormente dichas a Memoria Viva por Félix Pons retrataban a la perfección todo aquel proceso iniciado en 1974 y culminado nueve años después: “todo el mundo pedía más autonomía de la que era conveniente, útil y digerible”.

Los partidos hacia las primeras elecciones autonómicas

Con el Estatuto aprobado, se convocarían luego las primeras elecciones autonómicas que se celebrarían en mayo de 1983. A ellas embocaban los partidos baleares muy bien definidos. Con el bagaje de las elecciones generales, locales y preautonómicas habidas entre 1977 y 1982 se tenía suficiente perspectiva para saber cuáles de ellos podían alcanzar la meta de obtener representación institucional y cuáles eran meros nombres que se presentarían testimonialmente.

Del hundimiento de UCD surgió en octubre de 1982 Unió Mallorca (UM). Jerónimo Albertí huyó del barco que se hundía, dimitiendo de presidente del CGI y de presidente de UCD en septiembre de 1982, apenas un mes antes de las trascendentales elecciones generales. Desde principios de dicho año había estado preparando la jugada, convencido de que era un gran líder para el futuro de las Baleares, pero sin la UCD, a la que ya no consideraba una plataforma adecuada para su ambición. Si bien durante todo aquel año la prensa de Palma especulaba sobre la aparición de un partido regionalista liderado por Albertí y con las dudas de qué haría al respecto el suarista Josep Melià, fue el día 5 de septiembre cuando éste rechazó la aventura regionalista y se quedó con su amigo Suárez, convirtiéndose en el hombre fuerte del CDS en Baleares. El camino para Albertí quedaba expedito. El 8 de septiembre Última Hora anunciaba “Albertí relanza su proyecto de un centro amplio regionalizado”. El 20 de octubre se conocía el nombre: Unió Mallorca. No se presentó a las elecciones generales de 1982. Su objetivo eran las primeras autonómicas.

Del naufragio de UCD también emergió el Centro Democrático y Social (CDS), fundado en 1982 por Adolfo Suárez. En septiembre se presentó en Palma la delegación isleña, dirigida por Francesc Quetglas, que ejercía de portavoz, Celestí Alomar y con Josep Melià Pericàs como líder in pectore, quien, tras haber sido procurador en Cortes, fue candidato al Congreso en las primeras elecciones democráticas con la Unió Autonomista, fracasando en el empeño de obtener escaño. Más tarde fue reclamado al gobierno central por su amigo Suárez, siendo director general de Comunicación del ejecutivo centrista. Siguió a su amigo en la creación del CDS y fue el candidato por Baleares a las generales de 1982 al Congreso. No consiguió el acta de diputado pero llevó al CDS al cuarto lugar por debajo de PSOE, AP y UCD. Dado que este último iba a desaparecer pocos meses después, los dirigentes del CDS confiaban en tener un futuro esplendoroso en las urnas autonómicas que les esperaban el año siguiente.

Igualmente en el universo centrista existían otras dos minúsculas formaciones. El Partido Democrático Liberal (PDL) que solamente se organizó en Ibiza, a

modo de una especie de UM en su isla, y la Candidatura Independiente de Menorca, también en la misma órbita ideológica que el partido mallorquín de Albertí. Ambas formaciones apenas contaban para la prensa de Palma, pero lo cierto es que iban a tener importancia en los comicios autonómicos venideros.

En AP se frotaban las manos. Entre 1977 y 1979 la fortuna no les había sonreído. De hecho en 1978 el líder de facto del partido en Baleares, Gabriel Cañellas, acudió al II Congreso nacional del AP con la intención de recibir las instrucciones sobre cómo cerrar el partido en las Islas. Según recordaba al Diario de Mallorca tras la muerte de Fraga, en 2012, "fuimos unos cuantos de Baleares a Madrid, como Toni Cirerol y Mariano Alomar (...) Yo no le conocía de nada y de hecho íbamos a entregar las llaves, porque en Mallorca la cosa ya no iba a más. Entonces los ibicencos y algún otro nos hicieron sentar con Fraga. Nos empezé a decir aquello tan suyo de 'muchacho, España te necesita', y 'ahora no me podéis dejar colgado' y frases de ese estilo (...) Es que era difícil que no te convenciera". Así que Cañellas volvió con el encargo de presidir una gestora regional para reorganizar AP, de cara a las elecciones de 1979, en las que fracasó pero no cesó en su empeño. En efecto, en el I Congreso Regional de Alianza Popular, celebrado el mes de mayo de 1980 en Felanitx, fue elegido presidente del partido. Este congreso sirvió para oficializar las entradas, a título individual, de numerosos ex militantes de la UCD. Esto y las alianzas posteriores con el Partido Demócrata Popular y la Unión Liberal –partido presentado en Palma el 15 de febrero de 1983-, la imagen de esta renovada AP fue mucho más moderada –a pesar de que la izquierda la tildaba de "ultramontana"- que la de los años anteriores, muy ligada a la dictadura. Los buenos resultados en las generales de 1982 apuntalaron el proyecto. Y quedaba claro que Gabriel Cañellas iba a ser el futuro número 1 de la lista electoral por Mallorca de la coalición de centro-derecha a las elecciones autonómicas o, lo que era lo mismo, candidato a ser el primer presidente del gobierno balear.

En el PSM los últimos años no habían sido tranquilos. Tras las elecciones de 1979, se convocó un congreso del partido para diciembre, en el cual se

evidenciaron los enfrentamientos entre familias, una radicalmente izquierdista y otra más nacionalista y socialdemócrata. Todos los intentos por acercar posiciones fueron inútiles y tras un año de tensiones, en octubre de 1980 se produjo la escisión del sector más a la izquierda encabezado por Eberhard Grosske y Rosa Bueno, junto al único concejal que tenía –y que luego dimitió devolviendo el acta al partido, siendo sustituido por Joan Perelló– en el ayuntamiento de Palma, Jaume Obrador. Este grupo formó el efímero partido Esquerra Mallorquina que en las elecciones generales de 1982 pidió el voto para el PSOE y posteriormente feneció. Del VI Congreso de los nacionalistas, celebrado en octubre de 1981, surgió un PSM más homogéneo –tal y como aportan Marimon-Serra-, bajo el liderazgo orgánico de Damià Ferrà-Ponç, Pere Sampol y Gabriel Oliver, entre otros. Sin embargo la imagen pública la aportaba Sebastià Serra, uno de los fundadores, en quien recaían todas las miradas para protagonizar la candidatura a los futuros comicios autonómicos.

Por su parte los del PSM de Menorca tuvieron unos años mucho más plácidos. De hecho la incidencia más importante fue su progresivo acercamiento al que fue el colectivo Agrupament d'Esquerres, el cual se había ido forjando de los restos de los partidos muy izquierdistas –como el Partido del Trabajo de España– que habían tenido cierta implantación, aunque pocos votos, en Menorca. Fruto de este arrimo y del paso del tiempo se consolidó el liderazgo doble de Joan López Casasnovas y Ramón Orfila en todo este ámbito ideológico.

El PSOE era el primer partido en Baleares tras las generales de 1982. Su recorrido desde el primer congreso celebrado en abril de 1978 no había sido nada tranquilo. La Federación Socialista Balear fue incorporando en los años posteriores numerosas aportaciones: la del Partido Socialista Popular en bloque en 1978, liderado por Joan March, y luego con el fichaje de aislados militantes muy reconocidos de la izquierda autonomista como eran Antoni Tarabini, Francesc Obrador y Celestí Alomar, entre otros. A medida que se le iban sumando estos efectivos crecieron las divisiones entre los partidarios de un partido más autonomista y los más tradicionalmente socialistas. Según cuentan

Antoni Marimon y Sebastià Serra en su Diccionari de partits polítics⁶, el grupo autonomista consiguió en el siguiente congreso, de 1980, amplias cotas de poder interno a costa de los otros. Más todavía se intensificó la influencia de este sector en el tercer congreso regional, de febrero de 1982, cuando la confluencia de los seguidores respectivos de Josep Moll –secretario de Prensa e Información desde 1978- y Joan March, llegado desde el PSP, consiguió situar al frente del partido a Francesc Triay, uno de sus hombres. El sector autonomista tenía el poder orgánico y sin embargo apenas gozaba del institucional, casi monopolizado por los llamados oficialistas: Ramón Aguiló, alcalde Palma desde 1979, Félix Pons, Emilio Alonso... Al cabo de pocos meses Triay fue obligado a dimitir por la dirección federal, todavía en el año 1982, tras filtrar a la prensa una supuesta conversación entre el Rey y Felipe González en que el primero afirmaba ser partidario de unas elecciones anticipadas. Se formó entonces una comisión gestora con Félix Pons al frente, lo que indicaba a las claras quién era el deseado por Madrid para encabezar la lista a las primeras elecciones autonómicas de 1983.

Más a la izquierda, el Partido Comunista de España en las Islas –PCE-PCIB- tenía ante sí un reto morrocotudo. Su aspiración de antaño, en tiempos de la dictadura y justo después de la muerte de Franco (1975), era ser la referencia izquierdista, pero se encontró con el gélido baño de dura realidad que fueron las sucesivas elecciones. Los primeros comicios autonómicos se intuían en el horizonte como la esperanza más cierta de obtener representación institucional. Sin embargo las disputas entre el sector oficialista del secretario general Josep Valero –elegido en abril de 1978 con el apoyo de la histórica dirigente Francesca Bosch-, y los renovadores o críticos, personalizados en el concejal, desde 1979, del ayuntamiento de Palma Ignasi Ribas, debilitaban bastante las opciones de futuro del comunismo isleño. Aparte, entre 1977, tras el inicio electoral, y 1983

⁶ MARIMON, Antoni; SERRA, Sebastià (2012): *Diccionari de partits polítics de les Illes Balears, 1900-2008*. Leonard Muntaner Editor, Palma.

tuvo no pocas bajas que se pasaron al PSOE o se desmovilizaron políticamente. No embocaba hacia las urnas con muchas opciones de ver realizado su anhelo. Peor lo tenían el resto de partidos. Nada más que meros nombres, siglas sin contenido que no tenían ni la más remota opción de obtener representación al primer Parlamento autonómico balear.

Félix Pons “versus” Gabriel Cañellas

A pesar de la victoria del PSOE en las generales de 1982, el gran resultado de AP en Baleares dejó un tanto descolocada a la elite intelectual ideológicamente izquierdista y/o nacionalista. Todo el intenso proceso vivido desde los últimos años del franquismo se basaba, para estos ámbitos, en la presunción de que la libertad de elección electoral supondría el arrinconamiento de la derecha más identificada con la dictadura, que era casi toda. Y de repente, resultaba que en las Islas AP, esa derecha, disputaba al PSOE la hegemonía electoral hasta el punto de quedar a sólo 3 puntos cuando en el resto de España había sido de 22. No solo era eso. Además, los conservadores se habían atrevido a hacer una furibunda oposición al Estatuto, en la recta final del proceso autonómico, tanto por la cuestión del catalán-que rechazaban- como por el escaso número de diputados que le correspondían elegir a Ibiza. Esta actitud dejaba estupefactas al resto de formaciones-PSOE, PSM, UM, PCE y CDS- porque daban por hecho que iba a costar muy caro a los conservadores en las elecciones autonómicas. La creencia la resumía el analista político del Diario de Mallorca, Andrés Ferret, cuando el 6 de enero de 1983 afirmaba que la derecha iba a “enfrentarse a unos rivales potencialmente formidables como Félix Pons” y “la inercia del triunfo socialista” en octubre de 1982, además de padecer el “talón de Aquiles” pro “su postura antiestatutaria”.

En resumen, que para casi todo el mundo de la progresía isleña –y también entre muchos otros ambientes sociales y empresariales- Félix Pons era quien tenía más opciones de convertirse en el presidente del primer gobierno autonómico.

Con el hundimiento de la UCD y con el PSOE gobernando en casi toda España, nadie veía posible que el emergente líder de AP, Gabriel Cañellas, pudiera desbancarle. Primero porque los pocos que lo conocían, lo identificaba todavía con una derecha casi franquista, lo que a ojos progresistas restaba votos. Segundo, porque a pesar de ser abogado, su imagen no era la de una persona cultivada culturalmente como Pons, en unos tiempos en que ser o parecer intelectual tenía un enorme tirón. Y tercero, por su posición “antiestatutaria” –que decía Ferret-, lo que para la inmensa mayoría de nacionalistas y progresistas lo invalidaba para ser el futuro presidente de la Comunidad. O sea, que casi todo el mundo el elegido para la gloria tenía nombre seguro: Félix Pons.

Además de todo lo dicho, también porque se trataba de un hombre moderado, del ala más pragmática de la socialdemocracia, perfectamente conectado con el gobierno nacional de Felipe González, que no asustaba en absoluto a ninguno de los poderes fácticos isleños, que tenía excelentes relaciones incluso con alguno de ellos –como el bancario, no en vano había trabajado en el Banco de Crédito Balear como abogado- y porque, finalmente, nadie imaginaba que ninguno de los otros partidos-PSM, CDS, PCE y UM- pudiera optar por Cañellas en su lugar.

Este esquema de pensamiento se convirtió en los meses entre las elecciones generales, octubre de 1982, y nada más iniciarse el año electoral, en una especie de consenso transversal, quizá con la excepción de los más fervorosos seguidores de AP. Sin embargo ningún dato empírico electoral validaba la suposición, pues en los cuatro comicios celebrados hasta el momento, el voto de centro derecha había superado claramente al de izquierdas. Aún así, ésta y el nacionalismo no dejaron de suponer que los conservadores serían severamente castigados por su actitud ante el Estatuto, hasta el punto de que en la editorial del Diario de Mallorca del 12 de enero de 1983 se advertía al partido derechista: “Ejerza (...) AP su considerable peso político (...), pero reflexione en el valor que los mallorquines terminarán (...) concediendo a su voto y deténgase a pensar en la necesidad de coronar en armonía el proceso autonómico”. Una velada forma

de advertir lo que le costaría votos su desmarque del resto de partidos en relación al Estatuto.

Así que, en fin, al comenzar el año 1983, y aunque nada estaba escrito, el horizonte electoral en ciernes parecía sonreír a los progresistas en general, a los socialistas en particular y personalmente a Pons. Lo parecía. Sin embargo quedaba por delante la precampaña y la campaña electoral.

La precampaña

A la cúpula de AP esos análisis, opiniones y suposiciones la dejaban absolutamente fría. Su único objetivo, ya en los primeros meses de 1983, era aprestarse a recoger el escaso voto que le había quedado a la UCD y acotar al máximo posible la proyección en sufragios del nuevo partido, Unió Mallorquina. A tal efecto, Gabriel Cañellas fue recogiendo numerosos ex militantes de la UCD, así como selló las alianzas con el Partido Demócrata Popular y la Unión Liberal en una estrategia tendente a cambiar la imagen tradicional de AP por otra más moderada⁷.

Aunque a nadie le importaba, UCD todavía existía en enero de 1983. Luis Piña, su secretario general en Baleares, decía el día 15 en rueda de prensa que “nuestra voluntad es presentarnos a las elecciones al primer Parlamento autonómico”. Una fantasía imposible de llevar a la práctica. Tres días más tarde la dirección nacional emitía un comunicado en el que anunciaba su disolución. Una muerte que aunque esperada abrió una guerra abierta aún más dura que la de los meses anteriores para hacerse con sus despojos. AP los quería y también la estrella mediática del recién iniciado año electoral, era el nuevo partido de Jerónimo Albertí.

⁷ Esta coalición entre AP y las ramas de la UCD PDP y PL, se formó por primera vez de cara a las generales de 1982, con el nombre de Coalición Democrática. Prácticamente en todas las comunidades, se volvió a presentar en las autonómicas de 1983 bien bajo el nombre de CD, bien bajo coalición AP-PDP-PL.

Casi a diario los periodistas, especialmente los del Diario de Mallorca –a la sazón era propiedad de la familia March, con Carlos March a la cabeza, un dato que conviene retener para entender muchas cosas de las que pasaron con UM-, concedían una gran importancia a lo que hacía y decía Albertí, sin atisbo de crítica –por indirecta o implícita que fuera- al hecho de haber huido de mala manera de UCD ni, entre otras actitudes nada edificantes, por haber sido tan dócil en relación al cambio de vía de acceso al Estatuto. Daba igual. Lo jaleaban como un político de gran futuro. Y él se dejaba querer, claro está.

El día 28 de enero concedía una entrevista al Diario de Mallorca en la que mostraba su peculiar capacidad de análisis político al explicar por qué UM nacía como partido regionalista y no nacionalista. “En Cataluña se llaman nación porque un señor grita en las Ramblas que es nacionalista y la gente le aplaude; mientras que si lo grita alguien en el Borne la gente se ríe”, así que “nosotros somos regionalistas”. No pretendía hacer una broma. Se creía lo que decía.

*Inasequible a toda consideración que no fuera su propio futuro, Albertí se hizo elegir presidente de UM en el congreso constituyente del partido, celebrado el 19 de marzo de 1983, con Pere Morey de secretario general. Estaba claro que iba encabezar la candidatura regionalista por Mallorca al Parlamento autónomo. Y que no renunciaba a nada, pues íntimamente se veía talmente el líder de *Convergència i Unió* que gobernaba Cataluña. Quería como Jordi Pujol. En versión regionalista del Borne, claro está. La pretensión la animaba el hecho de que el líder catalán levantaba gran admiración en ciertos medios empresariales y mediáticos mallorquines, deseosos –fue una constante que en el momento de escribir este libro todavía se percibía claramente en muchos ambientes- de tener un partido autoctonista que al modo catalán, el cual había tenido el apoyo del 30% del electorado del Principado, gobernaba las Islas.*

*Por cierto que el secretario general de esa coalición –formada por *Convergència Democràtica* y *Unió Democràtica*- y líder del grupo parlamentario en el congreso, Miquel Roca, ya entonces imaginaba una futura formación de ámbito nacional*

confeccionada a partir de partidos regionalistas y nacionalistas⁸. No obstante, a principios de 1983 UM se centraba en intentar no tener competencia más competencia que AP. Así que exploró la posibilidad de algún tipo de pacto con el CDS. A tal efecto Albertí y Josep Melià se reunieron el 14 de enero para calibrar posibles opciones, concluyendo el encuentro con “dejar las puertas abiertas”. Un nuevo intento el 5 de febrero, sin embargo, se saldó en fracaso, por lo que UM al fin abandonó esta vía para seguir con su proceso de constitución en la totalidad de municipios.

El 10 de febrero el partido regionalista convocaba un gran acto público de presentación en sociedad en el restaurante Ses Tres Germanes, con invitación a través de inserciones publicitarias en los diarios redactadas en castellano y catalán. Para Albertí, según dijo en su discurso ante casi 2.000 personas, “no somos de derechas ni de izquierdas” sino de un centro regionalista que no pone en cuestión la unidad nacional: “tenemos vocación balear, española y europea”. En la disputa por la hegemonía centrista, un alicaído CDS no parecía capaz de encontrar su camino. Al menos mediáticamente estaba sepultado por el huracán UM. No ayudó tampoco que el conocido Melià renunciara a presentar como candidato a las autonómicas dejando el encargo a un entonces desconocido Francesc Quetglas.

Por su lado, el PSOE isleño, coincidiendo con los 100 primeros días del gobierno socialista de Felipe González, organizó para el día 10 de marzo un acto que debía ser el trampolín para lanzarse a la precampaña electoral de Ileno. Ocasión idónea para congregar a una multitud. Sin embargo, y para sorpresa de la organización, la reunión de fieles fue muy escasa. “La FSB-PSOE celebra casi en familia los cien primeros días”, resumía la Última Hora el día 11.

⁸ Fue la llamada “Operación Roca”, que tomaba el nombre de Miquel Roca, creador del Partido Reformista Democrático (PRD), de ámbito nacional, que cuajó en años posteriores, al que se sumó UM como representante balear.

Contrastaba este fracaso de convocatoria con el éxito que obtenía Cañellas y su AP en las reuniones preparatorias de la campaña en barrios y pueblos. A la chita callando, sin apenas ser objeto de interés periodístico, el conservador estaba sabiendo vender muy bien el éxito obtenido en las urnas en octubre anterior y aunque muchos notables de la UCD se estaban pasando a UM, la base, el grueso, la, por así decirlo, infantería centrista en buena parte estaba rodando hacia el partido derechista.

Por su lado, el PSM y el PCIB iniciaban la precampaña el mes de marzo organizando actos de presentación de sus candidatos principales, para así activar a sus respectivos militantes. Su objetivo, claro era, no consistía en ganar las elecciones sino en ser fundamentales para formar un gobierno de izquierdas. Sebastià Serra, cabeza de lista del PSM por Mallorca al Parlamento autonómico, decía el día 14 al mismo rotativo antes mencionado que “nuestro objetivo son cinco diputados (...) y la mayoría progresista”. El día 17 era el turno de Josep Valero, cabeza de cartel comunista, quien declaraba al mismo diario su convencimiento de que “seremos básicos para una mayoría de izquierdas”.

Al empezar el mes de abril todos los partidos con opciones de obtener representación estaban lanzados en pos de las urnas. Las elecciones habían sido convocadas el 10 de marzo para el 8 de mayo, y a la sazón ya iban todos a velocidad crucero electoral, por así decirlo. Cada formación tenía bien decidida la estrategia y comenzaban a sonar los nombres que completarían cada lista. Los actos de campaña, así como los carteles electorales, se multiplicaban. Los partidos que disponían de más dinero repetían sus mensajes mediante propaganda pagada. Los otros, como siempre, tiraban de ingenio y de mucho patearse las calles. Según publicaba el diario Baleares el día 6 de abril, AP contaba con 30 millones de pesetas para la campaña, según confesión propia; en segundo lugar, y sorprendentemente, UM disponía de 20 millones; en tercero, el PSOE, con 14; y ya muy por detrás el CDS, con 6; el PSM, con 5; y el más que modesto, pobre: PCIB, 1. A pesar de ser unas cantidades discutibles-

difícilmente estas cifras coinciden nunca con lo real-, la gradación listaba la potencia económica en una escala y proporción creíble.

El 10 de abril aterrizaba en Palma Gerardo Iglesias, secretario general del PCE, para dar apoyo a sus camaradas isleños. Ante una escasa concurrencia intentaba mostrar fuerza y determinación al asegurar que “seremos la pieza básica de los futuros pactos de izquierda”, esperando emular así la cantidad de municipios en que gobernaba en toda España gracias a pactos con el PSOE. En el mismo acto, el secretario general de los comunistas indígenas, Josep Valero, afirmaba que “la tajante oposición a la derecha” que hacía el partido se vería sin duda recompensada en las urnas y así ayudarían “a una mayoría progresista” que llevaría “a la consecución del cambio de la estructura económica” de Baleares. La sucesión de resultados electorales comunistas no animaban, sin embargo, esta teoría. Más bien la contradecían.

El día 11 de abril se celebró un debate público entre los cabeza de cartel electoral. Félix Pons por el PSOE, Gabriel Cañellas por AP, Sebastià Serra por el PSM, Francesc Quetglas por el CDS, Josep Valero por el PCIB y Jerónimo Albertí por UM. Allí se pudo constatar, según recogía el Baleares al día siguiente, que los tres ejes políticos fundamentales sobre los que debería girar la autonomía isleña, al decir de todas las formaciones –aunque cada una con su visión particular- eran la ordenación del territorio, la política turística y la lengua catalana. Curioso, y significativo, que más de tres décadas después siguen siendo tres temas abiertos y de debate electoral.

La campaña

El 19 de abril a medianoche se inició la campaña. Y a juzgar por lo que decía el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) comenzaba con “ventaja socialista”, tal y como recogía la Última Hora al día siguiente. No obstante, ir con ventaja no significaba tener la seguridad de gobernar en solitario, ni siquiera de

poder hacerlo mediante pactos. De hecho ya nada estaba tan claro como lo había parecido a principios de año. Si en enero apenas nadie dudaba que Félix Pons fuera presidente tras las elecciones, en abril eran muchos los que dudaban. ¿Qué había cambiado?

Esencialmente que las demostraciones de músculo de AP dejaban a todo el mundo pasmado. Cañellas había organizado un partido que estaba en todas partes y que convocaba a mucha, mucha gente a cada acto que organizaba. Cuando el día 26 de abril llegó a Palma el referente nacional, Manuel Fraga, un gentío superior a los 5.000 asistentes le jalearon tanto a él como sobre todo al indiscutible líder local. Con su socarronería, mordacidad e impostura de sencillo hombre de campo –que nunca lo fue- encandilaba a la parroquia conservadora. En este caso prometía sus fieles que “Mallorca y Baleares nunca han sido socialistas... ni lo serán”, recibiendo enfervorizados vítores de la concurrencia.

Los socialistas, por el contrario, no demostraban ni por remota aproximación ese músculo organizativo ni tampoco la capacidad de congregar fieles a sus actos. A pesar de moverse mucho evidenciaban mucha menor fortaleza que AP. Por un lado Félix Pons concentraba sus esfuerzos en las poblaciones más grandes, que era donde tenían mejores registros electorales el partido-Maó y Es Castell en Menorca; Palma, Inca y Lluçmajor en Mallorca; Vila en Ibiza...- y por otro el partido intentaba activar sus bases en el resto de localidades, pero infructuosamente. Lo que sí tenía bien eran los apoyos externos para asegurarse aliados de futuro, si fuera el caso. El cabeza de cartel del CDS, Francesc Quetglas, había asegurado, ya en el mes de marzo, al Diario de Mallorca que “con la derecha ultramontana no vamos a pactar” y que por tanto “estamos más cerca del PSOE para un posible pacto”. Y por supuesto el PSM y PCIB, que no perdían ocasión para hablar de la futura “mayoría progresista”, también estaban entregados al PSOE. Así que en teoría podían estar confiados, los socialistas. No lo estaban en abril, empero, como lo habían estado a finales del año anterior ni justo iniciado electoral. ¿Por qué? Pues porque además del inusitado poder conservador de activación popular, UM estaba chafándoles al CDS, “su” centro.

Ese mes de abril el PSOE ya se había dado cuenta que las cosas no iban cómo quería, había creído y, sobre todo, deseaban y necesitaban.

De ahí que en ese mes mudaran de estrategia de relación con UM. De ni mencionarla en los meses anteriores pasaron a ver en ella su principal amenaza porque podía darle a AP la llave del gobierno. Votar a UM pasó a ser, para los socialistas, “lo mismo que votar AP”, decía Josep Moll. Lo repetía exactamente igual Pons. Se convirtió en la consigna socialista para el tiempo que restaba para colocar las urnas. Poco, por cierto. El PSOE notaba nítidamente a la sazón, quizás demasiado tarde para rectificar, un peligro muy serio con el que no había contado. Que la combinación entre la fuerza que demostraba AP y la de UM, que se había organizado en prácticamente todos los municipios amenazando las opciones del CDS-que era el centro bueno para el socialismo-, les dejara sin la presidencia del ejecutivo autonómico.

El redactor del Diario de Mallorca Javier Mato analizaba el día 21 el trabajo de calle que realizaba cada partido. En su trabajo se ve lo antes dicho. Cañellas estaba por todo. Protagonizaba como mínimo dos mítines al día y los fines de semana todavía más. AP asustaba, con razón, a la izquierda. Su presencia en cualquier lugar demostraba una enorme fuerza. En no pocos de los pueblos más pequeños solamente hacía mítines el partido conservador: “solo AP ha dado un mitin en Lloseta”, constaba el mismo diario el día 27.

El PSOE se desesperaba a medida que se agotaba el tiempo. Se volcó en Palma, donde confiaba que el alcalde, Ramón Aguiló, renovara su mayoría en los comicios municipales y arrastrara suficientes votos al Parlamento. Asimismo mantenía la esperanza, a esas alturas ya mera fantasía, de que el otro centro, el “suyo”, el CDS, se mantuviera firme ante una UM que demostraba mucho más empuje, organización y recursos de lo que a priori había parecido posible.

El desánimo iba haciendo pues mella en el partido de Félix Pons: “en las filas socialistas (...) la impresión es que sólo una circunstancia anormal puede darles la mayoría (progresista)”, porque según las encuestas que manejaba el partido

“PSM, PCIB y CDS sufrirán un importante descalabro en relación a sus expectativas”, decía el Diario de Mallorca el día 1 de mayo.

A medida que el desencanto izquierdista aumentada, lo hacía todavía más la euforia en una UM que se veía no solo como clave para cualquier mayoría parlamentaria sino que incluso aspiraban a gobernar. “Podemos gobernar si somos el partido no socialista más votado”, decía Albertí al Diario de Mallorca el día 4 de mayo. No era una típica boutade de campaña. Él se veía como primer presidente. Los estrategas de UM sabían que el CDS estaba desinflándose y que por tanto ellos podían llevarse una parte de su voto, amén de mucho de la UCD que no creían que acabara por instalarse bajo el paraguas de la coalición liderada por AP. Imposible saber qué tipo de aritmética hacían, pero Albertí no tenía empacho alguno en compararse ya a las claras con Jordi Pujol, y a su través anunciar qué creía que le esperaba a sí mismo: “ahí está, gobernando en minoría desde hace 3 años, y funciona”, declaraba todo ufano a principios de mayo.

Este impulso creciente de UM no pasó desapercibido para nadie, y menos para Cañellas, quien aunque sabía que iba a imantar la mayoría del voto del centro y la derecha, declaraba al mismo diario citado, el día 6 de mayo, que “si tuviéramos que formar gobierno recurriendo al pacto (...) iniciaríamos conversaciones con Unión Mallorquina”, pero añadiendo acto seguido, no sin irritación contenida, que “a nuestro juicio no debería haber nacido (UM) porque está dividiendo el voto que debería estar unido para enfrentarse a los socialistas”. Iba quedando meridianamente claro que UM se estaba convirtiendo en un dolor de cabeza no sólo para el PSOE sino también para AP.

Albertí, sabedor que sus escasos recursos oratorios, además contar con poca militancia voluntaria para organizar actos y repartir propaganda, fiaba su sino electoral a la gran publicidad –inserciones en prensa, vallas, etc.- de la que hacía un despliegue enorme. Su estrategia era embolsarse cualquier tipo de voto que

no fuera izquierdista, para lo cual no dudaba en usar el castellano como idioma de la propaganda si era menester.

En aquel entonces también usaba la lengua de cervantes el PSM, aunque de forma limitada en localidades como Calvià y Palma, pero no dejaba de ser un dato relevante sobre todo si se compara con el monolingüismo catalán que lo caracterizará posteriormente. Los nacionalistas fueron los que sin duda hicieron la campaña más imaginativa. El responsable de la cual fue Jaume Moncadas, quien se inventó unas banderolas que los muchos voluntarios del partido colgaban en las farolas de pueblos y ciudades, amén de pequeños carteles pegados a una plancha de madera que mediante un palo acabado en punta era clavado en todos los parterres de calles y carreteras. Este despliegue de voluntariado, el mayor sin duda de todos los partidos, y la simpatía que despertaba en mucho ambientes, elevaba el optimismo nacionalista. Iban embalados hacia tener asegurado el grupo parlamentario, decía Sebastià Serra continuamente. Cualquier resultado por debajo, ni se contemplaba. En el día final de campaña, ante más de 1000 fieles en el Auditorium de Palma, criticaba el Estatuto conseguido porque “es muy inferior al que nosotros deseábamos” y a la vez auguraba para el partido un “gran resultado” en las urnas.

El comunismo, al igual que los socialistas, fue deprimiéndose así como avanzaban las semanas. De creer tener asegurada la representación pasó a finales de abril a ser pasto de las dudas. Ni siquiera el mítico Carrillo, que aterrizaba en Palma el día 28 para animar a sus correligionarios isleños les levantó la moral. Aunque las 800 personas que reunió no eran pocas, el ambiente empezaba a ser lúgubre. Porque los vaticinios que hacían sus dirigentes y el mismo Carrillo en Palma eran más un deseo que la expresión de una probable realidad: “estoy convencido –decía el viejo activista- que los comunistas que el 82 votaron al PSOE por miedo a que ganara Fraga se han dado cuenta que ya hay que votar a nuestro partido”, recogía al día siguiente Última Hora. Lo dicho: un deseo que ya parecía pura quimera.

También el CDS intentaba animarse, infructuosamente. El día 23 de abril Adolfo Suárez llegaba a Palma. Es cierto que si al 5% cosechado en 1982 se la añadía el 10% de la desaparecida UCD podían aspirar a dos o incluso tres diputados, lo que les permitiría ponérselo difícil a AP para gobernar. Sin embargo el candidato al ayuntamiento de Palma, Josep Rosselló, convencido que la mayoría de esos votos se irían a UM o a AP, confesaba a Diario de Mallorca el día 3 de mayo que repetir el 5% de 1982 “sería un éxito extraordinario”. Implícitamente dejaba entrever que lo daba prácticamente por imposible, que era lo mismo que auguraban los sondeos. Francesc Quetglas hizo pues lo que pudo al frente de la candidatura autonómica, pero sin apenas recursos económicos y viendo como se le fugaban votos y simpatías fue creciente la sensación de que era improbable que obtuvieran la mínima representación. La que tanto deseaba y necesitaba el PSOE para poder estar seguro de gobernar.

Los últimos días de campaña se apuraron con más de lo mismo por parte de todos los partidos. AP estaba presente en todos los rincones de la geografía balear, luchando para que “estas islas que nunca han sido socialistas no lo sean ahora”. El PSOE insistiendo una y otra vez que “votar UM es votar AP”. UM intentando asegurar todo voto que le permitiera seguir acariciando el sueño de tener el presidente. El PSM buscando votos a través de la originalidad, como cuando el día 6 su candidato número 3 al Parlamento, el extraño capellán Jaume Santandreu, protagonizó un mitin individual en la plaza de España donde habló doce horas ininterrumpidamente, de nueve a nueve. El PCE rezando para que los negros augurios no se cumplieran... Y así se llegó al día 8 a las ocho, cuando se abrieron los colegios electorales.

Los resultados (tabla-4)

La participación fue del 65%, algo superior a la registrada en 1979 pero notablemente inferior a la de las tres elecciones generales, lo que ya dejaba

entrever que los ciudadanos consideraban los comicios de ámbito autonómico y municipal quizás de menor importancia que los nacionales.

Ibiza volvió a ser la de menor movilización (56%) frente a Menorca (67%), la de mayor. Los resultados no fueron sorprendentes pues si se comparan con las elecciones generales de 1982 AP subió y el PSOE bajó, pero quedando ambos casi empatados con una diferencia mínima del primero sobre el segundo de no más de 3.000 votos.

Ambos subían respecto de las elecciones preautonómicas de 1979-AP desde el 5% y el PSOE desde el 25%-, lo que por un lado explicaba hacia dónde había ido todo o casi todo el voto centrista-es decir a AP-, y por otro igualaba a ambos y dejaba al albur de pactos cuál de los dos gobernaría.

Mallorca

En la mayor de las islas el resultado fue igualmente de casi empate, pero con el PSOE por encima de a AP por unos mil votos: 35% frente a 34%, con un reparto de 11 diputados para cada uno. El Partido socialista subía seis puntos desde las preautonómicas pero bajaba seis desde las generales, sacando muy buenos resultados en Palma (44%), Calviá (41%) y Lluçmajor (40%), pero sólo en Alaró superó la cifra del 50%. A partir de estos 4 municipios, más Esporles, Lloseta, Puigpunyent y Binissalem, el resto ya quedaron por debajo de la media insular, dejando constancia-seguramente sin gracia alguna para la dirección- que sin Palma el resultado hubiera sido catastrófico.

Alianza Popular subía casi treinta puntos porcentuales desde las preautonómicas, pero bajaba uno desde 1982, lo que pudo darse por bueno pues no sólo consolidaba el salto que había dado desde el 7%-8% de los primeros años de democracia sino que lo hacía mientras el PSOE gobernaba España con mayoría absoluta. Los municipios con registros muy altos, superiores al 40%, era casi los mismos en los que había reinado la UCD, siendo casi todos ellos

pequeños y de interior. Con más del 50% estaban Fornalutx, Son Servera, Muro, Estellencs, Santanyí y Consell, mientras que entre los grandes, sólo Palma y Manacor se salían de esta norma, aunque con apoyos prácticamente iguales a la media insular.

Unió Mallorquina obtuvo un 18% y nada menos que 6 diputados, un gran éxito que le permitía decantar el gobierno insular y balear a un lado u a otro sin tener que contar con ningún otro partido. Obtuvo extraordinarios resultados en Inca (37%), y algo menos pero también altos en Calviá (25%) y Manacor (21%), amén de registros por encima del 50% en Mancor, Banyalbufar, Costitx, Deià, Santa Eugènia, Campos y Escorca.

El PSM fue la cuarta fuerza en votos, con un 7%. El golpe fue monumental si se comparaba con las preautonómicas, en las cuales había obtenido un 11%. Le correspondieron dos diputados. Campanet, Sineu, Llubí, Artà, Montuïri y Algaida eran los municipios donde mostraba mayor arraigo, todos con más del 30% del voto, mientras que en Palma solo llegaba al 5%.

Por debajo de estos partidos ya ninguno más obtuvo representación. El partido comunista no llegó al 3%, mientras que el CDS apenas pudo superar el 2%.

Menorca

La diferencia del PSOE sobre el PP fue en este caso mayor que la de Mallorca, con un 38% a 33% y 5 a 4 diputados respectivamente, sacando el primero espectaculares resultados superiores al 50% en Maó y Es Castell, y el segundo en Ferrerías y Es Mercadal, aunque con algo menos de porcentaje. El PSOE tuvo un sabor agridulce pues a pesar de esta victoria en votos y escaños había bajado desde el 46% de 1982, seguramente motivado por la subida del PSM del 5% al 14%, que le supuso 2 diputados. El cuarto partido fue la Candidatura Independiente de Menorca, una agrupación electoral integrada por antiguos

militantes de UCD que con un 12% obtuvo un diputado. Por último, ni el PC y el CDS llegaron al 2%.

Ibiza

Los casi trece mil votos que sacó AP en Ibiza (casi un 52%) frente a los caso ocho mil del PSOE (31%) supusieron la victoria conservadora en la isla y facilitaron que en toda la comunidad el primero aventajara al segundo. El resultado no era sino la constatación de la hegemonía de la derecha ibicenca, que incluso subió dos puntos respecto de las generales. Obtuvo resultados espectaculares en Santa Eulalia (67%) y Sant Joan (59%). Sumó seis diputados. E incluso dejó sitio para que el Partido Liberal, que tanto le había atacado durante la campaña, le sacara uno, con casi un 15% de los votos obtenidos de la UCD. La izquierda quedaba representada únicamente por un 34% del voto, el 31% del PSOE ya comentado y el 3% del PC, que no llegó a obtener representación. Ibiza-Vila seguía siendo, no obstante, de clara hegemonía socialista, con casi un 42% del voto.

Formentera

De los tres partidos en liza en la más pequeña de las islas, se llevó el único escaño en juego el PSOE, que con un 49%, aventajó a diez puntos a AP, 39%, que tuvo que repartir su voto, al igual que en Ibiza, con el Partido Liberal, 12%. Esto no era nuevo, pues el PSOE había superado al principal partido del centro derecha-fuera UCD o AP- en las cuatro últimas elecciones en Formentera, únicamente por estar éste dividido en dos o tres partidos, algo que sería un clásico en los años venideros.

El proceso autonómico había concluido. Con las primeras elecciones a las instituciones de auto gobierno, éstas estaban a punto de empezar a funcionar. ¿Quién las lideraría? ¿Hacia dónde se decantaría el único partido, UM, que tenía el peso para desequilibrar la balanza entre izquierda y derecha?

Muchos habían supuesto muchas cosas para ese momento. Pero el desenlace que ciertamente ocurrió no era siquiera imaginado por nadie a la sazón. No por el pacto en sí al que llegaría UM. Sino por el por qué y el cómo fue obligado a hacerlo.

Tabla-4. Resultados en las elecciones autonómicas de mayo 1983

	Baleares			Mallorca			Menorca			Ibiza			Formentera		
	Miles	%	diputados	Miles	%	Diputados	Miles	%	diputados	Miles	%	diputados	Miles	%	diputados
Censo electoral	488.336	100,0		400.055	100,0		42.118	100,0		43.267	100,0		2.896	100,0	
Abstención	172.541	35,3		139.824	35,0		13.980	33,2		17.950	41,5		787	27,2	
Voto emitido	315.795	64,7		260.231	65,0		28.138	66,8		25.317	58,5		2.109	72,8	
Voto nulo	4.879	1,5		4.101	1,6		453	1,6		296	1,2		29	1,4	
Voto válido	310.916	100,0		256.130	100,0		27.685	100,0		25.021	100,0		2.080	100,0	
Voto blanco	1.820	0,6		1.437	0,6		278	1,0		101	0,4		4	0,2	
AP-PDP-UL	110.629	35,5	21	87.893	34,3	11	9.042	32,7	4	12.878	51,7	6	816	39,2	
PSOE	107.906	34,7	21	88.771	34,7	11	10.441	37,7	5	7.673	30,8	4	1.021	49,1	1
UM	46.915	15,2	6	46.915	18,3	6									
PSM	20.711	6,6	4	16.979	6,6	2	3.732	13,5	2						
PCE	7.669	2,5		6.525	2,5		432	1,6		712	2,9				
CDS	6.611	2,1		6.101	2,4		510	1,8							
CIM	3.250	1,0	1				3.250	11,7	1						
PDL	3.896	1,3	1							3.657	14,7	1	239	11,5	
PCOE	1.509	0,5		1.509	0,6										

CIM: CANDIDATURA INDEPENDIENTE DE MENORCA, PDL: PARTIDO DEMÓCRATA LIBERAL

Del libro: El complejo comportamiento del voto en Baleares, Vol, s I y II
Autores: Gonzalo Adán y Miquel Payeras
ISBN: 978-84-16116-56-0
